

El “experimento chileno”. Las reformas económicas y la emergencia conceptual del neoliberalismo en la dictadura de Pinochet, 1975-1983

The “Chilean Experiment.” The Economic Reforms and the Conceptual Emergence of Neoliberalism in Pinochet’s Dictatorship, 1975-1983

Marcelo Casals¹

marcelocasals1@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6746-4473>

Andrés Estefane²

aestefan@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8216-4652>

Resumen: A inicios de la década de 1980, el concepto “neoliberalismo” era escasamente utilizado. En las décadas siguientes, sin embargo, se convirtió en una categoría indispensable para caracterizar los programas de liberalización y privatización económica implementados en distintas partes del mundo. En este artículo planteamos que el origen de la resemantización y difusión del concepto neoliberalismo radicó en la experiencia de las reformas económicas aplicadas en Chile por los “Chicago Boys” durante la dictadura militar que encabezó Augusto Pinochet. Basándonos en la producción de intelectuales y centros de investigación conservadores, socialcristianos y socialistas, proponemos que entre 1981 y 1982 tuvieron lugar los primeros intentos por describir y criticar el proyecto refundacional de la dictadura a partir de la categoría de neoliberalismo, precisamente en el momento en que dicho modelo entraba en una profunda crisis. La pertinencia de este concepto como eje articulador de un espacio de oposición política e intelectual heterogéneo se explica por los propios efectos de las reformas económicas de la dictadura. La clausura y contracción del Estado como parte de las exigencias de liberalización económica radical impuestas por los “Chicago Boys” produjo desafecciones importantes que terminaron quebrando la alianza social contrarrevolucionaria que apoyó inicialmente al régimen. No es casualidad, entonces, que en la crítica al modelo desde la noción de “neoliberalismo” hayan coincidido pensadores conservadores, socialcristianos y socialistas en procesos de “renovación”.

Palabras claves: neoliberalismo, concepto, Chile, dictadura, “Chicago Boys”.

Abstract: At the beginning of the 1980s, the concept “neoliberalism” was rarely used. In the following decades, however, it became an indispensable category to characterize the economic liberalization and privatization programs implemented in different parts of the world. In this article we propose that the origin of the resemantization and diffusion of the concept “neoliberalism” lay in the experience of the economic reforms applied in Chile by the “Chicago Boys” during Augusto Pinochet’s regime. Based on the works by Conservative, Social Christian and Socialist intellectuals and research centers, we propose

¹ Centro de Estudios Históricos, Universidad Bernardo O’Higgins. Calle Fábrica 1861, Santiago, Chile. Este artículo forma parte del proyecto FONDECYT Iniciación No. 11180155 de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), Chile.

² Escuela de Educación en Historia y Geografía, Universidad Católica Silva Henríquez. General Jofré 462, Santiago, Chile. Este artículo forma parte del proyecto FONDECYT Iniciación N° 11190516 de la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), Chile.

that between 1981 and 1982 the category “neoliberalism” was used for the first time to describe and criticize the re-founding project of the dictatorship, precisely when that said model was entering a deep crisis. The relevance of this concept as the articulating axis of a heterogeneous political and intellectual opposition is explained by the very effects of the dictatorship’s economic reforms. The closure and contraction of the State as part of the demands for radical economic liberalization imposed by the “Chicago Boys” produced important disaffections that ended up breaking the counterrevolutionary social alliance that initially supported the regime. It is not by chance, then, that the use of the concept “neoliberalism” to criticize the dictatorship’s model had gathered Conservative, Social Christians and “renewed” Socialist thinkers.

Keywords: neoliberalism, concept, Chile, dictatorship, “Chicago Boys”.

Introducción

Los años 1970 en Chile fueron rupturistas y refundacionales en muchos sentidos. Se iniciaron con la elección de Salvador Allende y su “vía chilena al socialismo” y cerraron con la promulgación de una Constitución autoritaria y contrarrevolucionaria en 1980. Entre medio, la experiencia socialista naufragó ante sus contradicciones internas, la oposición radical de buena parte del arco político y la conspiración castrense, materializada en el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. La dictadura militar iniciada ese día encontró en el antimarxismo, el afán de orden y el rechazo a la experiencia allendista sus principales señas de identidad, captando el apoyo inicial de una amplia alianza política y social contrarrevolucionaria forjada al calor de la lucha contra la Unidad Popular. Al mismo tiempo, el régimen desplegó un enorme aparato represivo que impactó con dureza en la izquierda política y sus bases sociales populares y mesocráticas, anulando su fuerza, organización y presencia pública. La violencia a gran escala fue funcional para que la dictadura definiera e implementara un proyecto refundacional integral, con profundas consecuencias en el orden social chileno. Uno de los aspectos más destacados de ese proyecto fueron las reformas económicas radicales de libre mercado implementadas de forma sistemática desde 1975. Dichas medidas, que recién a principios de la década de 1980 serían entendidas como expresión concreta del “neoliberalismo”, impactaron con fuerza en el empleo, el tamaño del Estado, la fisonomía del mercado interno, la estructura productiva y los equilibrios macroeconómicos.

El mundo siguió con atención los eventos que tuvieron lugar en Chile en la década de 1970. El proyecto de transición democrática al socialismo representado por la Unidad Popular suscitó simpatías y condenas en buena medida por desestabilizar las rígidas fronteras de la Guerra Fría. El golpe, la represión y el proyecto refundacional de la dictadura, por su parte, concitaron el rechazo -y también

algunas adhesiones- de un conjunto diverso de actores estatales y no-estatales de varias latitudes. Por diferentes razones, Chile se convirtió en un modelo (o antimodelo) con reverberaciones globales, articulando tanto redes de apoyo y denuncia, como también discusiones políticas internas a partir de las lecciones del caso chileno. Estos hechos han sido estudiados en relación a las campañas de solidaridad con la suerte de las víctimas de la dictadura (Christiaens *et al.*, 2014; Power, 2009), la emergencia del paradigma de los Derechos Humanos (Kelly, 2018), y las discusiones y renovaciones al interior de segmentos de la izquierda europea (Santoni, 2011), entre otros aspectos. En gran medida, el proceso chileno pudo ser leído desde categorías compartidas gracias a que la política local había sido fuertemente moldeada por lenguajes ideológicos transnacionales desde hace varias décadas, generando identidades partidarias y proyectos políticos en directa interrelación con los conflictos globales de la Guerra Fría (Riquelme, 2014).

Las reformas económicas “neoliberales” implantadas por la dictadura militar pueden entenderse también desde esa óptica. En efecto, Chile ha sido reconocido como un caso pionero de liberalización económica radical y autoritaria que se replicaría en otras latitudes en las décadas siguientes. En los estudios generales sobre el tema suele haber menciones relativamente detalladas sobre este caso temprano (Escalante, 2016; Harvey, 2007; Klein, 2015), pero rara vez se reconoce el impacto que las transformaciones políticas chilenas tuvieron en el desarrollo conceptual del neoliberalismo global. Por lo general, la expansión ideológica del neoliberalismo se ha leído como una necesidad estructural del capital global ante la crisis del orden económico de posguerra durante la década de 1970, que tuvo en Chile su primera experiencia concreta, desestimando tanto la agencia local de quienes fomentaron y se resistieron a ese “experimento” como el carácter contingente de la aplicación de esas políticas. Además, con algunas excepciones (Connell &

Dados, 2014), el neoliberalismo se ha entendido como una elaboración doctrinaria realizada en el norte global que habría sido trasplantada a la periferia del sistema capitalista, como Chile, y de ahí impuesta en países centrales, como el Reino Unido de Margaret Thatcher y los Estados Unidos de Ronald Reagan. Sin desconocer la genealogía clásica de las así llamadas doctrinas neoliberales, atadas a pensadores europeos y norteamericanos desde la década de 1930, aquí proponemos que la experiencia chilena fue decisiva en la definición de la comprensión global del neoliberalismo, y que ello fue resultado de las elaboraciones intelectuales realizadas en el contexto de consolidación del autoritarismo militar en Chile, sobre todo a partir de las resistencias políticas e intelectuales al proyecto refundacional del régimen.

Es por ello que este artículo adopta un ángulo escasamente explorado en el estudio de las reformas económicas realizadas en dictadura: la elaboración histórica e intelectual del concepto “neoliberalismo”, y las condiciones que lo hicieron posible. Un conjunto creciente de estudios de distintas filiaciones políticas ha cuestionado el rendimiento analítico de la categoría neoliberalismo en virtud tanto de su problemática expansión a un conjunto diverso de fenómenos, como el hecho de que casi no hay fuerzas políticas o grupos intelectuales que la adopten para sí. Algunos han llegado incluso a recomendar el desahucio de esa noción para así recuperar precisión conceptual (Gherzi, 2004; Hartwich, 2019; James, 2020; Rodgers, 2018). Salvo algunas excepciones (Boas & Gans-Morse, 2009; Venugopal, 2015), esos análisis no han estudiado la dimensión histórica del concepto neoliberalismo ni la centralidad del proceso político chileno en ese proceso. En otras palabras, no se ha entendido la categoría en tanto concepto, es decir, un término con la capacidad semántica suficiente para encapsular experiencias sociopolíticas y sus conflictos inherentes. Los conceptos no son meros reflejos de realidades materiales subyacentes, sino que inciden y organizan espacios de experiencias y expectativas colectivas fundamentales para la comprensión de conflictos políticos. De allí su carácter polisémico y disputado, que lejos de ser carencias, son parte integrante de su condición histórica (Koselleck, 1993).

En este trabajo argumentamos que la desestructuración de la relación Estado-sociedad civil derivada de las reformas económicas de la dictadura chilena produjo el espacio político e intelectual propicio para una resignificación radical del concepto “neoliberalismo”. Hasta ese momento, dicho concepto era marginal y de poca relevancia en debates políticos e investigación económica y social. Será a partir de la elaboración intelectual realizada en Chile desde 1981 en adelante que la recurrencia del término se multiplicaría primero en América Latina y

luego en otras partes del mundo. Dicho proceso encierra al menos dos paradojas. En primer lugar, estas reformas económicas no fueron entendidas como parte de un proyecto “neoliberal” sino hasta principios de los años 1980, precisamente cuando su aplicación ortodoxa se vio enfrentada a una profunda crisis. De ese modo, podría decirse que no fue la “ideología neoliberal” la que inspiró las reformas económicas de los “Chicago Boys”, sino que fueron esas reformas las que crearon el “neoliberalismo” en su acepción contemporánea.

En segundo lugar, en este proceso intervinieron actores que habían apoyado al régimen desde sus primeros días, en virtud de la radicalización contrarrevolucionaria de segmentos significativos de la sociedad chilena durante la Unidad Popular. De ahí que los primeros en articular el concepto “neoliberalismo” fuesen intelectuales conservadores y de filiación socialcristiana, enfrentados al dogmatismo e inflexibilidad de las políticas económicas del régimen militar. A ese primer esfuerzo se sumaron también cientistas sociales de izquierda, muchos de ellos en el inicio de procesos de “renovación” de sus convicciones marxistas, como parte de una transición que tendrá hondas consecuencias en los años siguientes. En ese sentido, fueron las acciones del régimen de cara a su propia base social contrarrevolucionaria las que contribuyeron decisivamente a la construcción conceptual del neoliberalismo.

La alianza contrarrevolucionaria

La llegada de Allende y la Unidad Popular al poder en noviembre de 1970 implicó varias novedades. Era la primera vez que la izquierda marxista llegaba al poder unida y sin estar subordinada a partidos de centro, cuestión que les permitió articular un proyecto revolucionario de corte socialista, a la vez que respetuoso de la institucionalidad estatal y los mecanismos democráticos de resolución de conflictos. Al ser un proyecto revolucionario marxista, junto a la apelación a las mayorías hubo también un fuerte énfasis retórico y político en el protagonismo de la clase obrera por sobre otros sectores sociales. Por lo mismo, las primeras políticas expropiadoras y redistributivas estuvieron directamente orientadas a mejorar las condiciones de vida de los sectores populares, comprometiéndolos con el proceso de cambios. Al mismo tiempo, la Unidad Popular buscó ampliar su base social hacia sectores medios de profesionales, empleados y pequeños empresarios, ofreciendo alzas salariales, créditos orientados hacia la producción y garantizando que la pequeña propiedad y el status social mesocrático no se verían afectados por el proceso revolucionario. A pesar de los temores e incertidumbres generados por la victoria de

un candidato marxista, la apuesta pareció funcionar en los primeros meses de gobierno (Winn, 2014).

Los grupos de clase media organizada -colegios profesionales, asociaciones de comerciantes, transportistas, empleados públicos y particulares, pequeños y medianos empresarios, entre otros- habían construido una tupida red legal, institucional y política con los distintos gobiernos desde los años 1940 en adelante. En la época de hegemonía del centrista Partido Radical, entre 1938 y 1952, la “clase media” adquirió prestigio como categoría e identidad social, erigiéndose como grupo virtuoso donde descansaban la moralidad cívica y privada, el esfuerzo individual y la estabilidad democrática. Buena parte de las políticas estatales de seguridad social y laboral estuvieron dirigidas hacia estos sectores, impactando decisivamente en sus condiciones de vida (Pinto Santa Cruz, 1996). Esta suerte de hegemonía mesocrática se nutría de -y reforzaba- la capacidad de los grupos de clases medias para acceder directamente a instancias de decisión estatal en los poderes Ejecutivo y Legislativo. Existieron entonces canales de negociación y participación formales e informales de peso en la formulación de políticas públicas sectoriales y en la redacción de legislación específica. Cuando Allende llegó al poder en 1970, estos grupos recibieron a la nueva administración con la expectativa de mantener e incluso incrementar su nivel de influencia en el Estado, aun cuando el eje ahora estuviese puesto en las condiciones materiales del mundo popular.

Sin embargo, esas relaciones comenzaron a fracturarse tempranamente. Los profesionales y empleados resintieron lo que entendían era una intolerable pérdida de status en el aparato estatal ante la llegada de las nuevas autoridades. Transportistas, comerciantes y pequeños empresarios comenzaron a rechazar cada vez con más vehemencia la política de expropiaciones del gobierno y la radicalización obrera, que amenazaba su propia condición de propietarios de su fuerza de trabajo. Mientras tanto, la derecha política y el empresariado organizado pasaron a la ofensiva de la mano de un discurso fuertemente antimarxista. A finales de 1971, las mujeres del derechista Partido Nacional organizaron la “Marcha de las cacerolas vacías” con el objeto de denunciar el incipiente desabastecimiento en clave de género. Durante la primera mitad de 1972, las manifestaciones continuaron. El asesinato del ex ministro Edmundo Pérez Zujovic el 8 de junio de ese año por parte de un grupo de ultraizquierda empujó a la Democracia Cristiana más cerca del Partido Nacional y de orgánicas de ultraderecha, como Patria y Libertad, quienes ya por entonces se habían inclinado por la agitación y la violencia callejera (Amorós, 2020; Casals, 2021). En octubre, los gremios de clase media liderados por los transportistas iniciaron un paro nacional al cual se ple-

garon organizaciones políticas y sociales de oposición de distinto tipo. Fue el momento de consolidación de una alianza contrarrevolucionaria que hizo suyo el lenguaje antimarxista bipolar amplificado por la mayoritaria prensa de oposición. El “Paro de Octubre”, como fue conocido, puso en jaque al gobierno. En ese escenario, las bases obreras de izquierda crearon las primeras expresiones de “poder popular” en las fábricas expropiadas, dándole mayor realce a la retórica ultraizquierdista que desconfiaba del camino institucional de Allende. Esta conjunción aceleró el proceso de radicalización y polarización política general (Gaudichaud, 2016).

El último año de la Unidad Popular fue de confrontación directa y total entre esta heterogénea alianza contrarrevolucionaria y una izquierda cada vez más dividida entre quienes se mantenían leales a la estrategia institucional de Allende y quienes desconfiaban de las posibilidades del “Estado burgués”. La elección parlamentaria de marzo de 1973 fue la última oportunidad de resolución institucional del conflicto. Una vez cerrado el camino institucional -dado el sorprendente desempeño electoral de la izquierda en las elecciones parlamentarias de 1973- la movilización contrarrevolucionaria fue constante, masiva y violenta. El movimiento Patria y Libertad asumió una estrategia abiertamente terrorista, mientras la derecha y el centro político bloqueaban toda iniciativa del gobierno en el Congreso (Valdivia Ortiz de Zárate, 2008). Las organizaciones de clase media intensificaron la movilización callejera y los paros sectoriales. En julio de 1973, los transportistas iniciaron un nuevo paro, al que nuevamente se sumaron todas las organizaciones de la alianza contrarrevolucionaria. En ese contexto, la conspiración golpista pudo comprometer a buena parte de la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, sobre todo luego de la renuncia bajo presión del Comandante en Jefe del Ejército, Carlos Prats, y el ascenso de Augusto Pinochet en su lugar, quien a último momento se sumó a los preparativos. El golpe de Estado se llevó finalmente a cabo el 11 de septiembre de 1973. En cuestión de horas, los militares controlaron el país.

Las organizaciones de clase media recibieron con algarabía el cambio de régimen. Mientras la dictadura militar desplegaba un inmenso esfuerzo represivo contra las orgánicas de izquierda y sus bases sociales, los dirigentes mesocráticos se reunían con las nuevas autoridades, restableciendo los canales de participación y negociación con el Estado, prescindiendo ahora de la mediación de los partidos políticos. Haciendo suya la retórica antimarxista de “salvación”, estas organizaciones participaron activamente en la formulación de políticas sectoriales orientadas a la estabilización económica y la regresión acelerada de las políticas expropiatorias y redistributivas de la Unidad Popular (Stern, 2006).

Esta expedita incorporación de organizaciones sociales contrarrevolucionarias a las tareas de gobierno fue posible gracias a que durante los primeros años de la dictadura no existía un proyecto político claro. En la “Declaración de Principios” de marzo de 1974 ya se había delineado la ambición “refundacional” del régimen a través de una crítica no solo a la Unidad Popular, sino también al desarrollo político y económico de Chile desde los años 1930. Los contenidos de ese proyecto, sin embargo, aún estaban en disputa. Fracciones relevantes de la alta oficialidad abrigaban esperanzas de tipo corporativista, en las que contemplaban mecanismos de participación social despolitizada de organizaciones afines al ideario contrarrevolucionario del régimen. Gustavo Leigh, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta militar, fue el representante más visible de esta tendencia. Entre otras cosas, intentó impulsar el llamado “Estatuto Social de la Empresa” que incluía participación de los trabajadores en la dirección y en las ganancias de cada unidad productiva (Valdivia Ortiz de Zárate, 2003). Fue a través de estas autoridades que la clase media organizada intentó hacer valer sus credenciales de fuerza social protagónica en la desestabilización de la Unidad Popular. Desde la perspectiva de estas organizaciones, por un momento pareció posible restablecer los canales de participación y negociación con el Estado en condiciones incluso más favorables que las del período anterior a 1970. A la sincronización ideológica con el discurso legitimador del régimen se sumaron oportunidades concretas de influir en el nuevo orden autoritario.

Las reformas económicas y la clausura del Estado

La influencia de las organizaciones de clase media en la dictadura militar no duraría mucho. En 1975, el régimen se inclinó por iniciar una “política de shock” con el objetivo explícito de estabilizar la economía y sentar las bases para una reestructuración general del país. La decisión se tomó luego de que un grupo de economistas de la Universidad Católica, con estudios de postgrado en la Universidad de Chicago, asumieran con plenos poderes la gestión económica y optaran por un plan radical de contracción del gasto público y liberalización de controles de precios y arancelarios con el fin de disminuir la inflación y fomentar la reactivación. Los llamados “Chicago Boys” habían participado activamente de la movilización contrarrevolucionaria contra la Unidad Popular en alianza con el movimiento gremialista de Jaime Guzmán, de matriz franquista y tradicionalista, también proveniente de la Universidad Católica. Antes del golpe militar, y gracias

a contactos con oficiales de la Marina, estos economistas prepararon un documento conocido informalmente como “El Ladrillo”, un plan de transformación económica inspirado en principios monetaristas y librecambistas ortodoxos (Valdés, 1995).

La oportunidad para aplicar estas medidas llegó gracias a la conjunción de varios factores. Hacia 1975 la economía seguía sumida en una profunda crisis con altísimo desempleo e inflación. Pinochet, por su parte, había logrado en poco tiempo concentrar buena parte del poder de la dictadura. En junio de 1974 se hizo nombrar “Jefe Supremo de la Nación”, asumiendo el Poder Ejecutivo, y a la vez controlaba la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), una poderosa policía política secreta que cumplió el doble propósito de centralizar la labor represiva y apuntalar su poder personal. En ese contexto, la elección de un proyecto económico propio era una forma efectiva para diferenciarse de los sectores militares corporativistas (Valenzuela, 1991). Dicha opción, además, era posible dadas las afinidades doctrinarias entre los “Chicago Boys” y los militares en el poder: ambos aspiraban a la atomización de las relaciones sociales, la despolitización general y un desarrollo económico ajeno a la tutela estatal, con el objetivo ulterior de consolidar la obra refundacional del régimen más por consenso que coacción. Además, el énfasis ideológico en la “libertad”, reducida ahora a la libre elección en el mercado, se entroncaba de buena manera con la acepción antimarxista de Guerra Fría del término, en la que la lucha contra la “amenaza roja” era al mismo tiempo la defensa del “mundo libre” (Estefane & Thielemann, 2020; Meller, 2016).

La adopción de la “política de shock” y la hegemonía de los “Chicago Boys” fue, entonces, un fenómeno contingente asociado al proceso de instalación y consolidación del autoritarismo chileno. Sus consecuencias, sin embargo, serían profundas y duraderas. En lo inmediato, el “shock” agudizó la crisis económica: el PIB cayó en un 28% en 1975 y la cifra oficial de desempleo se empujó por sobre el 20%. Sólo hacia 1977 comenzaron a evidenciarse cifras positivas: ese año el PIB creció un 7,8% y la inflación logró ser controlada en el rango del 30 al 40% (Stern, 2006, p. 168). Tras esas cifras se escondían enormes cambios estructurales que impactaron en el entramado de redes e instituciones estatales que habían sostenido y consolidado la hegemonía mesocrática de las décadas previas. Entre otras cosas, el empleo público se contrajo abruptamente. Entre 1973 y 1978 el Estado se deshizo de 100.000 funcionarios, cuestión que afectó particularmente a las agencias de fomento, los servicios sociales y las empresas públicas, que a su vez eran las grandes prestadoras de servicios para las clases medias y trabajadoras (Faletto, 2008, p. 269). Al mismo tiempo, la influencia del Estado

en la economía se redujo drásticamente. A la reversión de las expropiaciones en el campo y la ciudad se sumó una primera oleada de privatizaciones de empresas fundadas por el Estado. En el ámbito privado la situación no era mejor. La caída de la demanda interna, la abrupta baja de aranceles y el encarecimiento del crédito hizo que muchas ramas de la pequeña y mediana industria pasaran a ser económicamente inviables. Entre 1974 y 1983 el valor de la producción industrial cayó en un 25%, lo que significó la pérdida de 150.000 empleos. Según CONUPIA, organización de pequeños y medianos industriales, para 1977 había desaparecido el 20% de los establecimientos existentes en 1974 (Campero, 1984, p. 166 y 178).

El equipo económico del gobierno profundizó la extensión de las medidas hacia finales de los años 1970 y principios de los 1980 con las llamadas “siete modernizaciones”. El objetivo de este nuevo paquete de reformas fue la creación de nuevos mercados a partir de prestaciones y servicios antes entendidos como derechos sociales en áreas fundamentales para la reproducción de las condiciones materiales e identitarias de la clase media, como salud, educación, trabajo y seguridad social (Gárate, 2012; Meller, 2016). Por ejemplo, las escuelas primarias y secundarias estatales pasaron a depender de los gobiernos locales municipales, mientras que las universidades públicas se fraccionaron y desfinanciaron, fomentando a la vez la proliferación de universidades privadas. Lomnitz y Melnick (1998) estudiaron en profundidad el impacto de estas reformas en los profesores escolares, antes orgullosos y respetados agentes estatales con la misión de educar a las nuevas generaciones de ciudadanos, devenidos funcionarios municipales precarizados, con bajos salarios y sometidos a un fuerte control ideológico por parte de las autoridades locales. En las universidades sucedió otro tanto: además de los cambios institucionales generales, las autoridades designadas por el régimen iniciaron procesos de purga ideológica entre estudiantes, funcionarios y académicos, anulando el rol señero que esas instituciones habían tenido en la investigación científica y el pensamiento político en las décadas previas (Póo, 2016). Fue así como el prestigio mesocrático derivado de las credenciales técnicas e intelectuales se vio fuertemente erosionado.

Todos estos cambios estructurales afectaron las posibilidades de las organizaciones mesocráticas para incidir en decisiones de gobierno. Según la nueva ortodoxia económica, los individuos debían insertarse y participar autónomamente en el mercado, sin obstáculos ni mediaciones de ningún tipo. En ese registro, toda exención o prerrogativa especial era entendida como una deformación inaceptable del mercado a manos de “grupos de presión”. Bajo esas nuevas directrices, los canales de participación y negociación comenzaron rápidamente a fracturarse.

Los profesionales resintieron el alto desempleo, la acelerada mercantilización de sus áreas de acción y la falta de sensibilidad de las autoridades militares para con sus necesidades especiales. El Colegio Médico, por ejemplo, se opuso a la privatización de la salud mediante la fundación de las Instituciones de Salud Previsional (ISAPREs), a la vez que siguió reclamando por lo que consideraban eran sueldos insuficientes para la posición social de sus agremiados, sin resultados concretos (Castiglioni, 2001). Cuando finalmente el Ministro de Salud, Fernando Matthei, visitó el Colegio Médico en junio de 1977 para tratar estos temas, su respuesta fue parca y tajante. La “política social de mercado que rige el campo económico”, señaló, tenía todo el apoyo de Pinochet, por lo que sus medidas “no son negociables” (Vida Médica, 1977). Comerciantes, transportistas, empleados y pequeños empresarios sufrieron una suerte similar. La aplicación dogmática del “shock” y las “modernizaciones” por parte de los “Chicago Boys” no admitieron espacios de negociación.

La hegemonía del equipo económico al interior del régimen se consolidó gracias a dos procesos. Por una parte, los supuestos doctrinarios de los “Chicago Boys” fueron absorbidos e integrados a un esquema ideológico más amplio por parte de intelectuales del régimen, como Jaime Guzmán. Si bien la alianza entre gremialistas y “Chicago Boys” se remontaba al horizonte contrarrevolucionario común de los años 1960 en la Universidad Católica, no existía entre ellos una compatibilidad doctrinaria consistente. Sin embargo, hacia finales de los años 1970 Jaime Guzmán encontró la manera de armonizar los principios individualistas y de subsidiariedad del Estado sostenidos por los “Chicago Boys”, por un lado, con el tradicionalismo católico, la defensa de la autonomía de los “cuerpos intermedios” y la primacía de los derechos naturales, en especial el de propiedad, por otro (Cristi & Ruiz, 1992). Paralelamente, a medida que las reformas económicas mostraban ciertos resultados, los sectores oficialistas discrepantes de la nueva ortodoxia económica quedaron fuera del ámbito de decisiones del Estado. Gustavo Leigh, uno de los principales instigadores del golpe de Estado y representante del corporativismo militar en la Junta, fue despojado de su puesto y obligado a pasar a retiro en 1978 luego de expresar públicamente diferencias con Pinochet. En una larga entrevista publicada como libro el año siguiente, Leigh dejó en claro que su poder real en el régimen se había diluido mucho antes de su salida, limitándose sólo a recibir las quejas y lamentos de organizaciones y gremios mesocráticos ante el dogmatismo e inflexibilidad del equipo económico. Para Leigh, uno de los grandes errores de las autoridades había sido “el abandono de nuestra valiosa clase media”, que estaría “pagando todas las consecuencias, habidas y por haber, en lo social

y en lo económico” (Varas, 1979, p. 46 y 75). Con todo, en medio de la retórica exitista del “milagro chileno” y la fortaleza institucional de la dictadura, la postura disidente de Leigh no produjo efectos concretos.

Del mismo modo, las organizaciones de clase media no pudieron articular un discurso opositor coherente y efectivo. Por una parte, sus reclamos ante las consecuencias desestructuradoras de las reformas económicas no implicaron en ningún caso una ruptura completa con el régimen. Aún seguía en pie el relato épico contrarrevolucionario centrado en la “salvación” de la nación ante la amenaza marxista. Por otro lado, las reformas económicas pudieron legitimarse ante sectores de medios y altos recursos gracias al “boom” de las importaciones y consumo. Por entonces comenzaron a masificarse nuevas herramientas y espacios dedicados al consumo, como las tarjetas de crédito, las “financieras”, los “caracoles” y, ya en los 1980, los “malls”. El propio régimen y los medios de comunicación oficialistas socializaron los nuevos principios individualistas asociados al consumo de bienes importados como los nuevos mecanismos de integración simbólica y marcadores de clase. Por mucho que las organizaciones mesocráticas resintieran la contracción del Estado y la mercantilización de derechos sociales, no pudieron cuestionar el atractivo del nuevo tipo de consumo (Angelcos *et al.*, 2006).

En 1980 la dictadura chilena logró consolidar las reformas de libre mercado y el orden político autoritario gracias a la dictación de una nueva Constitución con la que pudo radicalizar su embestida contra todo aquello que no calzara en el nuevo modelo económico, sin consideraciones por quienes habían sido parte de su base social. A principios de 1981, por ejemplo, decretó la disolución de los Colegios Profesionales al no avenirse con las nuevas disposiciones constitucionales sobre libertad de trabajo. Sus dirigentes -en su mayoría firmes partidarios de la dictadura- no fueron capaces de reaccionar a tiempo, y en cuestión de meses todas esas organizaciones pasaron a ser simples asociaciones gremiales (Hoy, 1981). Con estas y otras medidas quedaba claro que el equipo económico había logrado imponer sus principios y expandirlo hacia todas las esferas del Estado y la sociedad. Fue en ese contexto, y cuando comenzaban a evidenciarse las primeras señales de la crisis económica que estallaría en 1982 y 1983, que se construiría la noción de “neoliberalismo” para dar cuenta del carácter disruptivo, radical y reñido con la tradición histórica nacional del proyecto económico del gobierno.

La creación del neoliberalismo

La acepción original del término neoliberalismo distaba mucho de los significados que adquirió a partir de

la experiencia chilena. Lo que para algunos autores (Gherzi, 2004; Brennetot, 2014; Hartwich, 2019; James, 2020) es reflejo de la tergiversación que ha sufrido el concepto a manos de sus “enemigos”, es en realidad parte de una trayectoria histórica atravesada por tensiones ideológicas y experiencias concretas disímiles que se remontan a los años 1930. La historia de sus orígenes es bien conocida: en Alemania, durante la crisis global del capitalismo iniciada en 1929, el ambiente político general en la República de Weimar era reacio a aceptar medidas económicas liberales, primando opciones colectivistas como la comunista, la socialdemócrata y la nacional-socialista. Uno de los pocos intelectuales que abrigaba simpatías hacia fórmulas liberales era Alexander Rüstow, quien por entonces trabajaba en la formulación de un proyecto político-económico de corte liberal bajo el principio de “economía libre, Estado fuerte”. En términos esquemáticos, Rüstow abogaba por un orden económico diseñado con reglas clásicas e impersonales que evitasen todo monopolio o presión indebida sobre el mercado o el Estado, sin por ello caer en lo que consideraba habían sido excesos del liberalismo decimonónico de “laissez faire” (que el propio Rüstow llamaba con indisimulado desprecio “paleo-liberalismo”). El Estado, entonces, tenía un rol fundamental en la construcción y regulación del mercado y la administración de bienes comunes como los transportes. Además, debía evitar a toda costa la formación de grandes monopolios a través de altos impuestos a las compañías, entre otras medidas. Rüstow y sus colegas, quienes ya entonces habían abrazado el nombre de “ordoliberales”, fueron invitados al Coloquio Walter Lippmann en 1938, identificado en varios estudios como el momento fundacional de la doctrina neoliberal (Escalante, 2016; Mirowski & Plehwe, 2016, entre otros). Allí, en las agitadas discusiones con economistas austríacos como Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, entre otros invitados, se llegó al consenso temporal de utilizar un término común para el proyecto de restitución liberal en marcha: neoliberalismo (Brennetot, 2014).

El estallido de la II Guerra Mundial suspendió estas discusiones, y cuando en 1947 se convocó a la primera reunión de lo que sería la Sociedad Mont Pèlerin (con muchos de los invitados al Coloquio de 1938, incluyendo al propio Rüstow y a Hayek, entre otros), el término había caído en desuso. Hayek siempre había desconfiado de esa categoría y del proyecto de los ordoliberales ya que creía que los mercados eran órdenes espontáneos que no debía ser regulado desde el Estado. Además, los propios ordoliberales se habían inclinado por un nuevo concepto, la “economía social de mercado”, para describir las políticas que entonces estaban llevando con éxito en la República Federal Alemana (Escalante, 2016; Hartwich, 2019; Hoewel, 2014). Por su parte, Milton Friedman, uno de los más

destacados representantes de la Escuela de Chicago en la Sociedad Mont Pèlerin, intentó hacer suyo el concepto neoliberalismo en un artículo de 1951, sugiriendo que el contexto político y cultural ya era propicio para la aplicación de fórmulas económicas que incentivaran la competencia y el mercado libre, aunque sin olvidar corregir los excesos del liberalismo decimonónico. El Estado, en línea con la acepción original del término, debía preocuparse por las condiciones generales del mercado, proveyendo entre otras cosas un ambiente monetario estable y una fuerte política antimonopólica (Friedman, 1951). Con todo, el término no logró popularizarse ni tampoco identificar a dicha corriente económica. No sería sino hasta los años 1970, a partir de la experiencia autoritaria latinoamericana, y chilena en particular, que el término fue reinstalado, modificando y ampliando su radio de alcance semántico.

Cuando la dictadura chilena se inclinó por la propuesta de los “Chicago Boys” en 1975, el término neoliberalismo era prácticamente desconocido. De hecho, los propagandistas del régimen intentaron legitimar el nuevo modelo económico apelando al referente del llamado “milagro alemán” de postguerra y su “economía social de mercado”. El propio Milton Friedman utilizaría dicha noción para caracterizar el “remedio” a la “enfermedad” económica del país en su primer viaje a Chile en 1975 (Edwards & Montes, 2020). El uso del término, sin embargo, era problemático. Para muchos analistas e intelectuales que no compartían la radicalidad y dogmatismo del nuevo credo económico, la experiencia chilena distaba mucho del liberalismo moderado, regulado y de bienestar de Alemania Federal. En agosto de 1976, por ejemplo, un grupo de intelectuales vinculados a la Compañía de Jesús y la Democracia Cristiana organizaron un seminario junto a empresarios cristianos alemanes en Santiago, en el que se hicieron ver una y otra vez las diferencias en las experiencias de ambos países (Zañartu, 1976).

A partir de esas constataciones, de los efectos desestructuradores de la política económica, y también gracias a las acciones de la propia dictadura, comenzó a construirse un espacio de crítica a la política económica dentro y fuera de Chile, aun cuando no eran identificadas con el apelativo “neoliberal”. Ya en 1974 -es decir, incluso antes del “shock”- Andre Gunder Frank, economista de origen alemán y actor principal en las elaboraciones de la “teoría de la dependencia” en el Chile de la Unidad Popular, publicó una “carta abierta” dirigida a quienes habían sido sus maestros en la Universidad de Chicago, Arnold Harberger y Milton Friedman, a raíz de la colaboración de ellos y sus estudiantes chilenos con la dictadura de Pinochet. En una segunda carta, fechada en 1976, Frank acusó a los dos economistas norteamericanos de promover un “genocidio económico” en Chile, dadas las enormes

contracciones de salarios y ayudas estatales que habrían llegado al límite de generar hambre y malnutrición en sectores populares (Frank, 1975; 1976). En esa misma línea, Orlando Letelier, ex-ministro de Salvador Allende y por entonces una de las principales figuras de la solidaridad con Chile en Estados Unidos, publicó un ensayo en varios medios internacionales en el que vinculaba a la Escuela de Chicago, el “shock”, la represión generalizada y los desastrosos resultados sociales y económicos que entonces se evidenciaban en Chile (Letelier, 1977). Su crítica y su figura cobrarían aún más visibilidad global a partir de su asesinato en septiembre de 1976, pocas semanas después de publicar su ensayo, a manos de la DINA en Washington D.C. A pesar de la circulación y contundencia de ambas críticas, lo cierto es que ninguna de ellas fue realizada en torno a la noción de “neoliberalismo”, aún en desuso, sino más bien en base a la denuncia de los efectos económicos concretos de las medidas impuestas en Chile bajo inspiración directa de la Escuela de Chicago.

Al mismo tiempo, al interior de Chile se organizaban algunos espacios de crítica relativamente toleradas por el régimen a las políticas económicas de los Chicago Boys. Un hito a este respecto fue la organización en 1976 de la Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina (CIEPLAN), dirigido por Alejandro Foxley y compuesto en su mayoría por economistas afines a la Democracia Cristiana. CIEPLAN fue producto directo de los hostigamientos de los gremialistas y los Chicago Boys hacia los economistas disidentes de la línea ortodoxa en la Universidad Católica, quienes ante la oleada de despidos entre 1975 y 1976 decidieron retirarse en masa de dicha universidad y fundar un centro privado de investigación. Algo similar sucedería pocos años después en el Instituto de Economía de la Universidad de Chile. Buena parte de las críticas hacia las políticas económicas del régimen en los años del “shock” y el “boom” provendrían de economistas desplazados de las principales universidades del país como consecuencia de recortes presupuestarios y persecuciones políticas. (Arellano *et al.*, 1982; Huneeus, 2000, p. 383-388).

Fue en ese escenario que algunos analistas de la política chilena y latinoamericana empezaron a emplear el concepto neoliberalismo para referirse a las nuevas realidades que emergían de la conjugación entre reformas económicas de libre mercado y autoritarismo. El primero en hacerlo fue el economista canadiense Michel Chossudovsky en un artículo escrito en 1974 y publicado en 1975. Chossudovsky había sido profesor del Departamento de Economía de la Universidad Católica, siendo uno de los pocos académicos disidentes de la línea ortodoxa de los “Chicago Boys”. Antes de dejar Chile para asumir una plaza de investigador en Perú, escribió un texto crítico de

las reformas económicas implementadas en los primeros meses de la dictadura militar, denunciando el desplome de la capacidad de compra de la mayoría de los chilenos, incluso por debajo de las necesidades mínimas de alimentación (Chossudovsky, 1975). En esa crítica utilizó el término “neoliberal” en el título y solo una vez más, hacia el final del texto, para caracterizar con esa categoría la “escuela de pensamiento” (es decir, Chicago) en la que se inspiraban los economistas de la dictadura militar. Es probable, como indica Brennetot (2014), que esa referencia se debiera a la incipiente y no muy sistemática tendencia de algunos académicos norteamericanos de utilizar el adjetivo neoliberal para referirse a Friedman y los economistas de la Universidad de Chicago en términos críticos. Con todo, el uso del concepto no prosperó, a pesar de que los datos reunidos y los contenidos de la denuncia de Chossudovsky circularan en otros textos de ese mismo tenor, como la primera carta de Andre Gunder Frank ya mencionada.

Por otro lado, en 1979, el politólogo Roberto Calvo publicó en Venezuela el libro *La doctrina militar de la Seguridad Nacional: autoritarismo político y neoliberalismo económico en el Cono Sur*, en el que planteaba que las dictaduras chilena y brasileña, más allá de sus diferencias, habrían creado un nuevo modelo de desarrollo inspirado “en los grandes postulados del liberalismo que reformularon Walter Lippmann, von Hayek, von Mises y otros, y que han dado origen al neoliberalismo” (Calvo, 1979, p. 173). A diferencia del mejor tratado concepto de Seguridad Nacional, la noción de neoliberalismo no recibió aquí un estudio sistemático. Calvo, de hecho, se basó en un texto del intelectual socialcristiano francés Joseph Folliet de 1956, cuya versión en español apareció en Buenos Aires en 1957, en el que el neoliberalismo era definido como aquella doctrina liberal que emerge del Coloquio Walter Lippmann basada en la crítica al colectivismo como a los excesos del *laissez faire* decimonónico, y que buscaba la creación de mercados mediante normas y regulaciones estatales justas e impersonales (Folliet *et al.*, 1957, p. 25). Es decir, para Folliet y otros, el neoliberalismo seguía estando identificado con el ordoliberalismo, y no necesariamente con Friedman y la Escuela de Chicago. Calvo recogió esa definición y la aplicó al caso latinoamericano sin realizar esas distinciones, aunque reconociendo la particular articulación entre reformas económicas de libre mercado y autoritarismo.

No será sino hasta 1981 cuando el término neoliberalismo comience a utilizarse de modo más específico y elaborado. Ese año, el reputado historiador nacionalista y conservador chileno Mario Góngora publicó su *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, probablemente la crítica intelectual más contundente a la política económica de los “Chicago Boys”. Góngora

planteó en este texto que la institución más dinámica en la creación y consolidación de la nacionalidad chilena había sido el Estado, sobre todo aquel que, como en el siglo XIX, se había forjado a través de guerras de diferente intensidad (Góngora, 1981). La lucha contrarrevolucionaria contra la Unidad Popular, el golpe de Estado y la dictadura militar habrían sido, desde esa perspectiva, momentos de revitalización de un espíritu nacional colectivo, cuestión que explicaba el entusiasmo del propio Góngora por la “Declaración de Principios” de 1974 y sus fundamentos conservadores y tradicionalistas (Cristi & Ruiz, 1992). Sin embargo, la hegemonía de los “Chicago Boys” habría venido a pervertir aquel desarrollo nacional al convertirse en una tendencia antiestatal e intentar una reingeniería total de la sociedad chilena con prescindencia de todo principio tradicionalista. Expresión de eso serían las reformas elevadas a rango constitucional en 1980, como aquella que suprimía la obligación estatal ante la educación pública o la que derogaba la existencia legal de los colegios profesionales, medidas entendidas como atentados a la tradición histórica. Es precisamente en este punto que Góngora esgrime el término neoliberalismo. El objetivo era equiparar ese proyecto con las “planificaciones globales” tanto de la Democracia Cristiana como de la Unidad Popular, a la vez que acusarlo de no ser “un fruto propio de nuestra sociedad [...] sino una ‘revolución desde arriba’, paradójicamente antiestatal, en una nación formada por el Estado” (Góngora, 1981, p. 136). El problema central, y el rasgo que reuniría a todos estos proyectos, sería el espíritu utópico antitético a la tradición, cuyas raíces últimas estarían en el pensamiento revolucionario europeo de finales del siglo XVIII. A pesar del ímpetu antimarxista y contrarrevolucionario de la dictadura militar, entonces, el neoliberalismo habría trastocado su espíritu nacionalista para volver a caer en un constructivismo contrario a la tradición nacional y la fortaleza histórica del Estado chileno.

La crítica conservadora de Góngora tuvo un particular y circunstancial aliado: el propio Friedrich von Hayek. En efecto, Góngora tomó prestado explícitamente el término neoliberalismo de una entrevista a Hayek realizada por la historiadora liberal Lucía Santa Cruz y publicada en *El Mercurio* el 19 de abril de 1981 (Góngora, 1981, p. 143). Hayek, al igual que Friedman, había apoyado con vehemencia el experimento chileno, a pesar de las críticas recibidas ante la masividad de las violaciones a los Derechos Humanos por parte de la dictadura. En 1981, Hayek se encontraba realizando su segunda visita al país, orientada sobre todo a asesorar y apoyar la fundación del Centro de Estudios Públicos (CEP), un muy bien financiado *think tank* liberal (Caldwell & Montes, 2015). En la entrevista a Santa Cruz, Hayek llenó de elogios al manejo macroeconómico chileno, a la vez que celebraba

la expansión de la “libertad” económica sin cuestionar el autoritarismo político. Sin embargo, también hubo espacio para críticas hacia algunos de sus pares. Preguntado por Santa Cruz por las tensiones entre la tradición flexible y pragmática del liberalismo clásico con el más coherente y estructurado “neoliberalismo”, Hayek respondió con un desafiante “no somos neoliberales”, quizás haciendo alusión al intento de Friedman de hacerse con el término a principios de los 1950. De hecho, la explicación posterior de Hayek apuntó explícitamente a diferenciarse del “constructivismo” de Friedman y la Escuela de Chicago, a valorizar el liberalismo clásico, y a defender los “procesos culturales evolutivos” antes que la planificación racional. Santa Cruz identificó el potencial de la crítica y la quiso llevar al caso chileno, ante lo cual Hayek se limitó a decir “no conozco lo suficiente para opinar. Sé que los economistas son sólidos” (Caldwell & Montes, 2015, p. 121-122). A pesar de ello, la idea de aplicar el término “neoliberalismo” a la Escuela de Chicago para resaltar su condición de proyecto de transformación radical coincidía plenamente con la crítica histórica de Góngora.

El *Ensayo* generó impacto y discusiones en la controlada esfera pública chilena, sobre todo porque se trataba de una crítica al modelo económico desde posturas conservadoras, y, por tanto, mucho más difíciles de ignorar por parte del régimen y sus defensores. Además, Góngora readecuó el concepto de neoliberalismo para caracterizar el experimento de los “Chicago Boys” en un momento particularmente pertinente: hacia mediados de 1981 ya eran evidentes las primeras señales de la crisis provocada por cambios en las condiciones internacionales y la fragilidad de la economía chilena ante esos vaivenes. A los altos niveles de gasto interno, déficit de la cuenta corriente y deuda externa, se le sumó la quiebra de la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar (CRAV), uno de los referentes en cuanto a competitividad y eficiencia del nuevo modelo económico. Los “Chicago Boys” recomendaron abstenerse de toda medida bajo el entendido de que el mercado se autorregularía, pero la situación económica no paró de empeorar. En 1982 la crisis estalló. Pinochet decidió sacar a los “Chicago Boys”, devaluar la moneda e intervenir la banca, al tiempo que el PIB se contraía en un 14% y el desempleo superaba el 30%. En esas condiciones, el “boom” del consumo, la principal fuente de legitimidad social del modelo, llegó a un abrupto fin, dejando tras de sí quiebras y deudas impagas. La crisis económica se transformó en política en 1983 con el inicio de las Jornadas de Protesta Nacional que ayudaron decisivamente a la reestructuración y masificación de la oposición a la dictadura (Meller, 2016).

Mientras la crisis se desarrollaba, un conjunto heterogéneo de intelectuales de oposición de centro y de

izquierda tomarían el concepto de neoliberalismo esgrimido por Góngora con el fin de darle mayor peso a la crítica contra el equipo económico de gobierno. En algunos lugares ese trabajo ya tenía algunos años. CIEPLAN, como se mencionó, fue fundado en 1976 por economistas ligados a la Democracia Cristiana, y desde entonces habían desarrollado una crítica sistemática a las medidas de los “Chicago Boys” y en especial sus profundos costos sociales. Hasta 1982, sin embargo, esa crítica no se hizo contra el “neoliberalismo”. Por ejemplo, en un trabajo de 1980, Alejandro Foxley usó indistintamente las categorías “experimento de Chicago”, “enfoque monetarista” y “modelo chileno” para referirse al conjunto de medidas económicas criticadas por sus efectos en el empleo, los salarios y la deuda externa (Foxley, 1980). Sólo dos años después, ante el estallido de la crisis, el mismo Foxley renovarían su arsenal conceptual en su trabajo *Experimentos neoliberales en América Latina*. La integración del término tanto en el título como en el análisis no fue casualidad. Para Foxley, el neoliberalismo no se remitía solamente a políticas económicas monetaristas, que América Latina había conocido desde los años 1950. La novedad recogida por el concepto neoliberalismo radicaba en el énfasis en “transformaciones estructurales y en cambios de carácter institucional” (Foxley, 1982, p. 6). El neoliberalismo, de ese modo, daría coherencia al proyecto refundacional de la dictadura chilena, proveyendo no sólo de orientaciones económicas sino de un discurso ideológico global. Su propósito, señalaba el autor, “consiste nada menos que en transformar radicalmente el modo de funcionamiento de la economía y, en su forma más extrema, la forma en que están organizadas la sociedad y las instituciones políticas” (Foxley, 1982, p. 149). El uso del concepto neoliberalismo, entonces, permitía expandir los límites de la crítica desde la economía hacia otras esferas, justo en el momento en que todo el esfuerzo refundacional del régimen parecía tambalear.

El neoliberalismo en tanto concepto rápidamente saltó barreras políticas y disciplinares, llegando a científicos sociales de izquierda organizados en centros de investigación independientes. En estos lugares, la recepción del concepto neoliberalismo coincidió con la maduración de la “renovación socialista”, un proceso político, ideológico e intelectual, tanto en Chile como en el exilio, de superación del horizonte marxista-leninista y de revalorización de la democracia representativa como arena legítima y deseable de resolución de conflictos (Arrate & Rojas, 2003). Uno de los centros más destacados a este respecto era la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), fundada en 1957 como organismo internacional, pero que después de 1978, por presión de la dictadura, se vio obligado a funcionar como centro privado. Allí, el abogado y politólogo Ángel Flisfisch escribió y publicó en 1982 el ensayo *El neoliberalismo chileno: las funciones*

del dogmatismo, en el que planteaba que el neoliberalismo estaba operando como una verdadera “concepción de mundo” al interior de la dictadura, con “proposiciones y juicios acerca de la economía, el estado, la política, la historiografía, etc.” (Flisfisch, 1982, p. 19). Haciendo uso de un notorio lenguaje “gramsciano”, propio del proceso de “renovación” de entonces, Flisfisch entendía este fenómeno como parte de una reconstitución de la hegemonía ideológica del capital a través de una doctrina inflexible y dogmática afín al pensamiento militar. Tal como para Foxley, para Flisfisch el neoliberalismo no se limitaba al monetarismo, sino que implicaba también un conjunto radical de transformaciones sociales, culturales y políticas inscritos en un proyecto de dominación de largo plazo. Esa misma línea de análisis estuvo en la base del trabajo de Pilar Vergara, quien en 1984 publicó su *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*. En ese texto, también realizado en FLACSO, Vergara definía al neoliberalismo como “el soporte ideológico de una propuesta global de refundación de la sociedad chilena”, gracias al cual se produjo “la más profunda revolución nunca antes acometida en la historia del país” (Vergara, 1984, p. 1-2). La potencia del neoliberalismo, según la autora, habría estado dado por constituir una “utopía capitalista” en torno al ideal del mercado competitivo en el que es posible realizar una libertad sin límites, cuestión que explicaría el dogmatismo de sus cultores, la preferencia por el saber técnico antes que la deliberación política, y el sentido mesiánico de buena parte de su retórica (Vergara, 1984, p. 224-225).

La relación entre renovación socialista y utilización del concepto de neoliberalismo no se limitó a la labor académica, sino que implicó también la acción política directa. Eugenio Tironi, sociólogo e investigador del Centro de Estudios Sociales y Educación SUR intervino en la reunión realizada por las fracciones renovadas del socialismo chileno en Chantilly, Francia, a principios de septiembre de 1982, alocución publicada meses después como artículo en *Proposiciones*, la revista de SUR. Tironi propuso allí que el éxito de renovación del pensamiento socialista dependía de “si éste logra superar el desafío neoliberal”. Ello se debía a que tanto la “renovación” como el neoliberalismo eran respuestas a la crisis del Estado de bienestar y del Estado socialista, siendo Chile un “campo de pruebas” global al respecto. La “renovación”, entonces, debía conciliar la crítica a los “socialismos reales” sin por ello plegarse a los supuestos principios libertarios del neoliberalismo, dado que ya contaban entonces con experiencias de “neoliberalismo real”, particularmente en Chile. Allí se habría evidenciado que el Estado, lejos de contraerse, se había expandido a todo el cuerpo social a través de organismos represivos, imposibilitando toda reacción ante las inequidades del mercado. “El resultado

es una tiranía recubierta apenas por el ropaje retórico de la libertad” (Tironi, 1982, p. 16). El concepto neoliberalismo servía aquí no sólo como herramienta de crítica, sino también para comprender fenómenos políticos y culturales contemporáneos en los cuales los esfuerzos de la “renovación” también se inscribían.

Las elaboraciones teóricas y políticas en torno al concepto de neoliberalismo en Chile no fueron fenómenos aislados. La lucha contra la dictadura, la valorización de la democracia y la existencia de ciertos espacios de debate intelectual acercaron posiciones entre centros e intelectuales socialcristianos y socialistas, entablándose relaciones de colaboración entre sus miembros (Puryear, 1994). La adopción y elaboración del concepto neoliberalismo fue un factor que ayudó a aunar posiciones entre quienes hasta hace no mucho tiempo atrás habían estado en campos distintos en la confrontación revolución-contrarrevolución, y continuaría con más fuerza por el resto de la década de 1980. A través de dicho concepto fue posible articular una crítica política e intelectual al proyecto global del régimen, reuniendo en ese esfuerzo a conservadores, socialcristianos y socialistas renovados.

El impacto de la labor política e intelectual realizada por estos centros de investigación independientes no se limitó al marco de la esfera pública chilena. Estas organizaciones estaban compuestas por académicos con robustas redes transnacionales, tanto académicas como políticas, que se expresaban entre otras cosas en los múltiples canales de financiamiento desde Estados Unidos y Europa Occidental, y en la capacidad por difundir textos e ideas a través de redes de solidaridad, colaboración y apoyo. Gracias a esas conexiones, y al impacto global de la experiencia chilena en general, el concepto político y académico de neoliberalismo comenzó a ser mencionado con más recurrencia y en referencia mayoritaria a Chile y América Latina desde principios de la década de 1980, asumiendo los nuevos significados analizados en este artículo (Boas & Gans-Morse, 2009; Brennetot, 2014). Si bien el punto requiere más investigación -sobre todo en relación a los mecanismos, actores y vínculos transnacionales específicos- es posible inferir ante el protagonismo global de la causa chilena, la explosión del uso del concepto en las décadas siguientes y la sintonía entre las discusiones chilenas y la nueva acepción del término relativa a un proyecto global de reformas radicales de libre mercado, que las resemantizaciones conceptuales chilenas han sido centrales en la acepción contemporánea de neoliberalismo.

Conclusión

A principios de los años 1980, cuando comenzaban a evidenciarse las primeras señales de una profunda crisis

económica, un conjunto heterogéneo de intelectuales chilenos adoptó el casi olvidado concepto de neoliberalismo para describir aquello que rechazaban: el conjunto de reformas económicas implementadas por la dictadura militar, sobre todo desde el “shock” de 1975. El término, sin embargo, no agotó allí toda su potencialidad. Lejos de tratarse de un debate meramente técnico sobre la efectividad de determinadas medidas económicas, el “neoliberalismo” sirvió para articular una crítica global al proyecto refundacional de la dictadura chilena, que para ese entonces tenía en el aparente éxito económico, graficado sobre todo en la revolución de las pautas de consumo de muchos chilenos, una de sus más sólidas bases de legitimación. Por lo mismo, en esta acepción el neoliberalismo fue entendido como una herramienta de disputa política e intelectual, que nombraba aquello que se criticaba, siendo ajeno como categoría entre quienes defendían o apoyaban el modelo económico de la dictadura.

Este proceso de creación conceptual fue posible dadas las particulares condiciones políticas y sociales. La aplicación autoritaria y dogmática del monetarismo de los “Chicago Boys” había provocado graves desajustes institucionales, sociales y culturales en aquella red de prácticas, sentidos y organizaciones que se había construido en torno al Estado durante buena parte del siglo XX. Ello fue el germen de la creciente desafección de sectores que conformaron la base social inicial de la dictadura, aglutinada por la experiencia y el horizonte contrarrevolucionario. De allí que no sea sorprendente que los primeros intentos por articular una crítica a partir del concepto de neoliberalismo hayan provenido precisamente de intelectuales conservadores, como Góngora, y centros de investigación socialcristianos como CIEPLAN, a los cuales también se sumaron actores socialistas en proceso de “renovación”. En otras palabras, fue tanto la desarticulación de la alianza contrarrevolucionaria a partir de las reformas económicas de los “Chicago Boys”, como el inicio de la crisis económica y política que mostraría los límites de su aplicación ortodoxa, los factores que generaron el espacio intelectual, político y organizacional propicio para la resemantización del concepto neoliberalismo. Gracias al carácter modélico de la experiencia chilena durante los 1970, y la consolidación de las redes transnacionales de colaboración, el nuevo concepto de neoliberalismo comenzó a ser empleado en otras latitudes como herramienta crítica ante intentos de cambio social radical análogos al acometido por la dictadura chilena.

Referencias

AMORÓS, M. 2020. *Entre la araña y la flecha: La trama civil contra la Unidad Popular*. Santiago, Ediciones B, 377 p.

- ANGELCOS, N.; PÉREZ, P.; SÉMBLER, C. 2006. Los sectores medios ante la era neoliberal: Transformaciones y contradicciones del desarrollo en Chile. *Revista de Sociología*, 20:147-174.
- ARRATE, J.; ROJAS, E. 2003. *Memoria de la izquierda chilena*. Vol. 1-2. Santiago, Javier Vergara Editor, 549 p.
- BOAS, T. C.; GANS-MORSE, J. 2009. Neoliberalism: From New Liberal Philosophy to Anti-Liberal Slogan. *Studies in Comparative International Development*, 44(2):137-161. DOI 10.1007/s12116-009-9040-5
- BRENNETOT, A. 2014. Geohistory of “Neoliberalism”: Rethinking the Meanings of a Malleable and Shifting Intellectual Label. *CyberGeo: European Journal of Geography. Politique, Culture, Représentations*. Document 667:1-27. DOI : 10.4000/cybergeo.26324
- CALDWELL, B.; MONTES, L. 2015. Friedrich Hayek y sus dos visitas a Chile. *Estudios Públicos*, 137:87-132.
- CAMPERO, G. 1984. *Los gremios empresariales en el período 1970-1983: Comportamiento sociopolítico y orientaciones ideológicas*. 1ª. ed. Santiago, ILET, 327 p.
- CASALS, M. 2021. The Insurrection of the Middle Class: Social Mobilization and Counterrevolution during the Popular Unity Government, Chile, 1970-1973. *Journal of Social History*, 54(3):944-969. DOI 10.1093/jsh/shz110
- CASTIGLIONI, R. 2001. The Politics of Retrenchment: The Quandaries of Social Protection under Military Rule in Chile, 1973-1990. *Latin American Politics and Society*, 43(4):37-66. DOI 10.2307/3177030
- CHRISTIAENS, K.; RODRÍGUEZ GARCÍA, M.; GODDEERIS, I. (Eds.). 2014. *European Solidarity with Chile: 1970s - 1980s*. Frankfurt am Main, Peter Lang Frankfurt, 358 p.
- CONNELL, R.; DADOS, N. 2014. Where in the World Does Neoliberalism Come from?: The Market Agenda in Southern Perspective. *Theory and Society*, 43(2):117-138. DOI 10.1007/s11186-014-9212-9
- CRISTI, R.; RUIZ, C. 1992. *El pensamiento conservador en Chile: Seis ensayos*. Santiago, Editorial Universitaria, 203 p.
- EDWARDS, S.; MONTES, L. 2020. Milton Friedman in Chile: Shock Therapy, Economic Freedom, and Exchange Rates. *Journal of the History of Economic Thought*, 42(1):105132. DOI 10.1017/S1053837219000397
- ESCALANTE, F. 2016. *Historia mínima del neoliberalismo*. Ciudad de México, El Colegio de México, 309 p.
- ESTEFANE, A.; THIELEMANN, L. 2020. El mal, la libertad y Pinochet. *Atenea*, 521:189-210. DOI 10.29393/At521-14MAEL20014
- FALETTO, E. 2008. Chile: Transformaciones económicas y grupos sociales (1973-1986). In: *Obras completas. Vol. I*. Santiago, Editorial Universitaria, p. 57-87.
- GÁRATE, M. 2012. *La revolución capitalista de Chile: 1973-2003*. Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 589 p.
- GAUDICHAUD, F. 2016. *Chile, 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*. Santiago, LOM Ediciones, 467 p.
- GHERSI, E. 2004. El mito del neoliberalismo. *Estudios Públicos*, 95:293-313.
- HARTWICH, O. M. 2019. Neoliberalism: The Genesis of a Political Swearword. *The Center for Independent Studies - CIS Occasional Paper*, 114:1-28.
- HARVEY, D. 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, Akal, 267 p.
- HOEVEL, C. 2014. Las contradicciones culturales del neoliberalismo. *Eco-*

- nomía y Política, 1(2):39-72. DOI 10.15691/07194714.2014.006
- HUNEEUS, C. 2000. *El régimen de Pinochet*. Santiago, Editorial Sudamericana, 838 p.
- JAMES, H. 2020. Neoliberalism and its Interlocutors. *Capitalism: A Journal of History and Economics*, 1(2):484-518.
- KELLY, P. W. 2018. *Sovereign Emergencies: Latin America and the Making of Global Human Rights Politics*. Cambridge, Cambridge University Press, 367 p.
- KLEIN, N. 2015. *La doctrina del shock: El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona, Paidós, 702 p.
- KOSELLECK, R. 1993. *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós, 368 p.
- LOMNITZ, L. A. de; MELNICK, A. 1998. *Neoliberalismo y clase media: El caso de los profesores de Chile*. Santiago, DIBAM – Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 165 p.
- MELLER, P. 2016. *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Santiago, Uqbar Editores, 371 p.
- MIROWSKI, P.; PLEHWE, D. (Eds.). 2016. *The Road from Mont Pèlerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 469 p.
- PINTO SANTA CRUZ, A. 1996. *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. 4ª ed. Santiago, Editorial Universitaria, 302 p.
- PÓO, X. (Ed.). 2016. *La dictadura de los sumarios, 1974-1985: Universidad de Chile intervenida*. Santiago, Universidad de Chile, Cátedra de Derechos Humanos, Vicerrectoría de Extensión y Comunicaciones, Editorial Universitaria, 287 p.
- POWER, M. 2009. The U.S. Movement in Solidarity with Chile in the 1970s. *Latin American Perspectives*, 36(6):46-66. DOI 10.1177/0094582X09350763
- PURYEAR, J. 1994. *Thinking Politics: Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 289 p.
- RIQUELME, A. 2014. La Guerra Fría en Chile: Los intrincados nexos entre lo nacional y lo global. In: A. RIQUELME; T. HARMER (eds.), *Chile y la Guerra Fría global*. Santiago, RIL Editores – Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, p. 11-43.
- RODGERS, D. 2018. The Uses and Abuses of “Neoliberalism”. *Dissent Magazine*, 28. Disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/article/uses-and-abuses-neoliberalism-debate>. Consultado el: 9/12/2020
- SANTONI, A. 2011. *El comunismo italiano y la vía chilena: Los orígenes de un mito político*. Santiago, RIL Editores, 241 p.
- STERN, S. J. 2006. *Battling for Hearts and Minds: Memory Struggles in Pinochet's Chile, 1973-1988*. Durham, Duke University Press, 538 p.
- VALDÉS, J. G. 1995. *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*. Cambridge, Cambridge University Press, 334 p.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. 2003. *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinoche : Chile 1960-1980*. Santiago, LOM Ediciones, 259 p.
- VALDIVIA ORTIZ DE ZÁRATE, V. 2008. *Nacionales y gremialistas: El "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*. Santiago, LOM Ediciones, 417 p.
- VALENZUELA, A. 1991. The Military in Power: The Consolidation of One-Man Rule. In: P. W. DRAKE; I. JAKSIC (Eds.), *The Struggle for Democracy in Chile, 1982-1990*. Lincoln, University of Nebraska Press, p. 21-72.
- VARAS, F. 1979. *Gustavo Leigh: El General disidente*. Santiago, Ediciones Aconcagua, 95 p.
- VENUGOPAL, R. 2015. Neoliberalism as concept. *Economy and Society*, 44(2):165-187. DOI 10.1080/03085147.2015.1013356
- WINN, P. 2014. *La revolución chilena*. Santiago, LOM Ediciones, 171 p.

Fuentes

- ARELLANO, J. P.; CORTÁZAR, R.; DOWNEY, R.; FFRENCH-DAVIS, R.; FLAÑO, N.; FOXLEY, A.; MARSHALL, J.; MELLER, P.; MUÑOZ, Ó.; TIRONI, E. 1982. *Modelo económico chileno: Trayectoria de una crítica*. Santiago, Editorial Aconcagua, 606 p.
- CALVO, R. 1979. *La doctrina militar de la Seguridad Nacional: Autoritarismo político y neoliberalismo económico en el cono Sur*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 215 p.
- CHOSSUDOVSKY, M. 1975. The Neo-liberal Model and the Mechanisms of Economic Repression—The Chilean Case. *Co-Existence*, 12:34-57.
- FLISFISCH, Á. 1982. *El neoliberalismo chileno: Las funciones del dogmatismo*. Santiago, Documento de Trabajo No. 146 – Programa FLACSO, 48 p.
- FOLLIER, J.; BLARDONE, G.; CHARTIER, M.; VIAL, H. 1957. *Doctrinas sociales de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Ed. Humanismo, 122 p.
- FOXLEY, A. 1980. Hacia una economía de libre mercado: Chile, 1974-1979. *Colección Estudios CIEPLAN*, 4:5-37.
- FOXLEY, A. 1982. *Experimentos neoliberales en América Latina*. Santiago, Colección Estudios CIEPLAN, 166 p.
- FRANK, A. G. 1975. An Open Letter about Chile to Arnold Harberger and Milton Friedman. *Review of Radical Political Economics*, 7(2):61-76.
- FRANK, A. G. 1976. Economic Genocide in Chile: Open Letter to Milton Friedman and Arnold Harberger. *Economic and Political Weekly*, 11(24):880-888.
- FRIEDMAN, M. 1951. Neo-Liberalism and its Prospects. *Farmand*, Oslo, 17 feb., p. 89-93.
- GÓNGORA, M. 1981. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago, Ediciones La Ciudad, 149 p.
- HOY. 1981. Colegios Profesionales. Y llegó el final. Santiago, No. 186, 11-17 feb., p. 11.
- LETELIER, O. 1977. Chile: Economic “Freedom” and Political Repression. *Race & Class*, XVIII(3):247-260.
- TIRONI, E. 1982. La refundación teórica del socialismo y la temática neoliberal. *Proposiciones*, 2(7), s/p.
- VERGARA, P. 1984. *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*. Santiago, Documento de Trabajo No. 216 – Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 375 p.
- VIDA MÉDICA. 1977. El gobierno estudia con comprensión los problemas que aquejan al gremio”. Santiago, Vol. XXVI, s/n, mayo.-jun., 27, s/p.
- ZAÑARTU, M. (Ed.). 1976. *Liberalismo económico y costo social*. Santiago, Ediciones Aconcagua, 183 p.

Submitido em: 30/12/2020

Aceito em: 01/05/2021